

LA SANTÍSIMA TRINIDAD

Por Arthur M. Coon *

Comentar sobre el tema de “La Santísima Trinidad” es algo que uno hace con un sentimiento de reverencia y humildad. Con reverencia, porque la imaginación tiembla ante la inmensidad del concepto. Con humildad, porque la mente humana sólo puede alzarse en la búsqueda del Infinito y, como las olas del mar, volver de nuevo sobre sí misma.

Y sin embargo, no hay mayor gloria para la mente que el dejar volar la imaginación rumbo a lo grandioso y lo desconocido, aunque esto sólo sirva para retornar a su propio nivel de “hecho comprobado.” Porque es sólo mediante este esfuerzo por alcanzar lo que está más allá, que se descubren nuevas verdades; y de este modo las fronteras del conocimiento continúan en permanente expansión.

De temas tales como el de “La Santísima Trinidad,” en realidad no podemos saber nada. Sólo podemos teorizar, usando una facultad más elevada que la mente. Y, sin embargo, cuán fácil resulta cristalizar tan sublimes conceptos transformándolos en fríos dogmas. La mente humana tiene la tendencia a catalogar cada idea que le llega, y no titubea en clasificar y definir el Infinito. El gran peligro es que construye un muro de irrevocabilidad a su alrededor. El creyente quiere su “credo” empaquetado y etiquetado, “Esto es así, y así.” El escéptico rechaza de plano todo lo que no puede pasar la prueba del laboratorio. Y ambos se encierran presumidamente dentro de los muros de su propio edificio. La imaginación debe mantenerse libre para poder escalar esta barrera de dogma y “hecho” establecido, y ascender a los reinos de la creciente gloria infinita. El verdadero investigador debe, con creciente esfuerzo, abstenerse de erigir rejas alrededor de sus conceptos espirituales, para que la facultad intuitiva pueda libremente descubrir nuevas vistas de inexpresable grandeza y belleza. En la presentación de nuestro tema, este pensamiento debe motivar cuanto aquí se dice, de otra manera la maravilla del concepto de Infinito quedará clavada en una cruz de palabras.

Nuestro primer concepto de la Deidad debe apoyarse en el hecho, o mejor dicho, en la idea, de que *Dios es uno*. Cualquier noción respecto de que el Principio Fundamental puede tener un socio o un rival compartiendo o compitiendo por dominio, es insostenible. Puede haber deidades menores o manifestaciones de la Deidad, pero tras todas las manifestaciones –o como las llaman los Cabalistas, “Emanaciones”– debe estar el UNO INMANIFESTADO, el Principio o Absoluto.

* TRANSLATION: Traducido por Enrique Renard. Editado por Eulalia M. Díaz

Cuando pensamos en el tema de la Trinidad, nos enfrentamos con el problema de la ortodoxia. La historia del cristianismo contiene evidencia de la forma en que se ha nublado y confundido la pureza de las enseñanzas de su Fundador. Muchas y muy amargas han sido las controversias de los teólogos de la Iglesia acerca del asunto de las “Tres Personas,” y los malos entendidos propios del credo cristiano han redundado en intolerancia y fanatismo.

De modo que abordamos la idea de la Trinidad, o de las “Tres Personas en un sólo Dios,” con “una mente abierta y un ávido intelecto.” Si hay algo que debe de llamar la atención del estudiante de religiones comparadas como una característica sobresaliente del cristianismo, es la idea de “Personalidad” en relación con su concepto de la Deidad. Esto no quiere decir que el cristianismo, en sus enseñanzas más puras, hable de un Dios antropomórfico – aunque esto no pueda ser dicho de muchos de sus más fervorosos exponentes. Alguien, con mucho humor, dijo que “Dios creó al hombre a Su imagen y semejanza, y el hombre ha estado devolviéndole el favor desde entonces.” Y, por cierto, en un sentido real, es lo único que el hombre puede hacer. Para cada persona, Dios no puede ser algo más que el concepto más alto que ese individuo tenga de Él. Pero una más amplia expansión de ese concepto abre ante su percepción un reino de gloria donde Dios se transforma en la Vida Una, la Mente Infinita, o el Principio Universal. Más allá de este elevado concepto para describir a la Deidad, la Humanidad deberá esperar a alcanzar un estado de conciencia más elevado.

Decir que el Cristianismo es único en su forma de describir a Dios como personalidad, no es inferir que en otras grandes religiones no exista el aspecto personal en su descripción de la Deidad. Por el contrario, la mitología está repleta de historias de dioses y semidioses que han asumido forma humana y se han adjudicado características humanas. La antigua India tuvo sus Avatares y las encarnaciones de sus Dioses, Vishnú y Shiva. Sin embargo, correspondió al Cristianismo darle al mundo un particular énfasis al aspecto personal de la Deidad. Dios se transformó entonces en un Padre amante, interesado en los asuntos de sus hijos y tomando una activa participación para influenciar y guiar sus destinos. Frases tales como “no cae un gorrión” y “más cercano que las manos y los pies,” indican esa nueva actitud personal hacia la Deidad. Jesús se refería continuamente a Dios como “Mi Padre,” y dio al mundo la oración universalmente conocida como el “Padre Nuestro.” Su propia relación con Dios fue tan íntima como la vida misma. Jesús dijo: “Mi Padre y Yo somos uno.” Por contraste, no hallamos semejante identificación con la Deidad en las religiones antiguas. Cuando consideramos los muchos dioses del panteón griego, no existe duda en ninguna mente de que se trata de figuras puramente alegóricas. En el antiguo Egipto, Osiris, Horus e Isis eran considerados símbolos de un gran proceso cósmico y de leyes universales, en lugar de seres con un sentido individual.

La idea de Dios como Trinidad no es una parte original de la Doctrina Cristiana. Ciertamente, que no es prominente en las enseñanzas de Jesús. Si bien Él hizo continuas referencias a Dios como Padre, no fue sino hasta su discurso de despedida de Sus discípulos en el recinto alto, cuando les habló del “Reconfortante..., el Espíritu de la Verdad... que es el Espíritu Santo será enviado por el Padre... y permanecerá con vosotros para siempre.” Justamente antes de que Jesús ascendiera al cielo, dijo a sus discípulos: “Id vosotros y predicadle a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo.” En sus epístolas, San Pablo, si bien no menciona la palabra “Trinidad,” desarrolla la idea de los tres miembros de la Deidad Suprema. Algunos académicos afirman que muchos de los textos de San Pablo muestran una influencia de la escuela Neoplatónica, de la cual según se dice, fue un iniciado. No fue sino hasta el tercer o cuarto siglo de la era cristiana, durante la estructuración de ese documento de principios conocido como el *Credo de Nicea*, que la idea de la “Trinidad” o de las “Tres Personas en un Sólo Dios” quedó definitivamente establecida como doctrina cristiana. Y actualmente es algo universalmente aceptado por las iglesias, tanto Católica como Protestante.

Con el objeto de racionalizar la idea de los “Tres Dioses en Uno” para que encaje mejor dentro de las limitaciones de nuestra capacidad de comprensión, manteniéndola al mismo tiempo dentro de los límites de este breve estudio, consideraremos el tema de las “Personas” de la Trinidad desde dos puntos de vista: primero, la naturaleza de su ser; y segundo, su función o trabajo en el campo de la manifestación, es decir, de nuestro Universo.

Resulta significativo que la primerísima referencia que se hace de Dios en el capítulo del Génesis es mediante la palabra hebrea *Elohim*. “En el comienzo, Elohim trajo a la manifestación...” Es muy significativo, y es un hecho enteramente ignorado por los traductores, que la palabra *Elohim* es plural, y en hebreo *plural* significa *más de dos*. Más aún, la palabra es tanto masculina como femenina. ¿Qué puede significar esto? Con certeza que el punto o nivel en que comenzó la Creación, la Deidad Una Manifestada o el Principio subyacente, y más allá de toda manifestación, aparece como pluralidad, y no es masculina ni femenina, sino que contiene dentro de “Sí” las cualidades y potencias de ambas. La tradición oculta nos dice que los “*Elohim*” representan una jerarquía de deidades menores, vale decir, de Logos o Arcángeles, y que son los involucrados en los procesos creativos.

En el Credo de Atanasio, que es una edición más reciente y detallada del Documento de Nicea, hay una declaración que dice, “En esta Trinidad, nadie está antes o después de otro, nadie es mayor o menor que otro, pero las Tres Personas en su totalidad son conjuntamente co-eternas y co-iguales.” A pesar de que esta igualdad absoluta de las “Tres Personas” debe aceptarse como un axioma, es igualmente verdad

que presenta una vasta diferencia en su naturaleza y relación con el hombre. Del mismo modo, esa parte de la declaración que dice: “Nadie está antes o después de otro,” requiere cierto esclarecimiento, porque según veremos después, respecto del trabajo de la Trinidad en la creación y la construcción del Universo, el elemento de tiempo y secuencia hace su aparición.

EL PADRE

El aspecto Padre de la Deidad representa muy cercanamente el puro Ser. Es la mejor manera que tenemos de describir Su naturaleza como “Espíritu” y Su expresión como “Voluntad.” Es el cabalístico “Kether,” porque es la primera emanación o diferenciación del Absoluto. Es el Supremo, verdaderamente el Padre, ya que de Él, y sólo de Él, emanan los “Hijos Divinos” a veces referidos como chispas de la Llama Eterna. Estos son los espíritus inmortales que emergen de la morada del Padre para llevar a cabo su “viaje hacia un país lejano,” las almas encarnadas que forman nuestra Humanidad en la Tierra. No hay palabras en el idioma inglés (ni en el español) que puedan describir adecuadamente estos fragmentos de Dios. La palabra griega *Mónada* es la que más se acerca para expresar la total significación de estas unidades de divinidad. En el sentido más realista, todas las criaturas son Sus hijos, ya que dentro de cada una de ellas reside esa “chispa” o “semilla”, que es parte de su propia naturaleza y esencia. Es de esta “Voluntad” divina existente dentro de cada ser individual, de donde procede ese inherente impulso de avanzar, de progresar, de evolucionar. Este aspecto de Dios es a veces mencionado como el “Destructor,” porque con el tiempo, todas las formas se funden eventualmente en sus elementos originales, y estas Mónadas, que en el sentido más elevado son humanidad, se reúnen finalmente con el Padre.

EL HIJO

Usualmente nos referimos a la Segunda “Persona” de la Trinidad como “El Hijo.” Este no es, tal y como reza el *Credo de Nicea*, “El único Hijo engendrado por Dios.” Esta frase en particular ha sido la responsable de muchos malentendidos respecto del verdadero estado de su Ser. Charles W. Leadbeater, en su obra *El Credo Cristiano*, interpreta el griego original como “el único engendrado” o “el únicamente nacido,” lo cual saca el asunto del campo de la controversia secular. ¿Qué se puede decir de Aquél a quien incontables millones veneran, y entre quienes es conocido como “El Cristo”? En este Nombre yace el más grande de los misterios conocidos por la Humanidad; porque la palabra *Cristos* (en griego, “el Ungido”) es en realidad un título y no un nombre, un título de un grado muy elevado dentro de la Jerarquía Espiritual del mundo. Comprender esto en su totalidad, es comprender el significado de la Encarnación, de “la Palabra que era al principio... que se hizo carne y habitó entre

nosotros.” Debido a que Él es Dios encarnado en una forma humana, viene a ser por ello el Mediador entre el hombre y Dios. En Su aspecto divino le describimos como Vida y Amor –la Vida que todo lo penetra y que sostiene todas las formas, y el Amor que une a todas las criaturas, grandes y pequeñas, en una sola fraternidad. Así como el Padre se manifiesta como el aspecto Voluntad en el nivel Átmico o espiritual, de igual manera el Hijo se manifiesta como Amor-Sabiduría en el nivel Búdico o intuitivo. Ya sea que pensemos sobre Él en Su aspecto Cósmico como el Segundo Logos, o “aquel bajo cuyo eterno sacrificio el Universo se nutre y sostiene,” o como aquella esencia de Dios que existe dentro de cada Alma humana –si mantenemos en nuestra mente Su Imagen como la “Palabra” encarnada, el Señor del Amor– tocamos el misterio donde en varias capas, o diríamos fases, Su manifestación se unifica y entrelaza tanto, como para considerársele verdaderamente como un Cristo.

EL ESPÍRITO SANTO

Cuando se trata de describir la naturaleza de la Tercera Persona de la “Trinidad,” nos vemos carentes de palabras. No se piensa tan rápidamente de Él como una “Persona,” como ocurre con el Padre y el Hijo. Nos inclinamos a pensar de Él vagamente, como una especie de fuerza o influencia que emana del Padre. Las referencias a Él, tanto en el Viejo como en el Nuevo Testamento, como “el Espíritu del Señor,” “el Espíritu de la Verdad,” “el Reconfortante,” etc., nos dan una idea algo indefinida. Se le atribuyen ciertos fenómenos físicos: el Espíritu de Dios presente en las lenguas de los profetas; el espíritu que desciende como una paloma durante el bautismo de Jesús; “el soplo de un poderoso aliento,” y “las lenguas de fuego que ardieron sobre las cabezas de los discípulos el día de Pentecostés,” seguidas de la súbita capacidad de éstos para hablar en lenguas y comprenderlas. Estos son poéticos y simbólicos esfuerzos para describir algo, a falta de una prosa más realista. Y sin embargo, mediante el uso de esa facultad que trasciende el intelecto, podemos descubrir ciertas señales menos obvias, que nos indican claramente que, de hecho, es la Tercera Persona de la Trinidad la que, tanto en Su naturaleza como en Su función, es la que más se acerca a la humanidad aparentemente y a primera vista.

Así como el Padre tiene relación con el Ser o Espíritu en el ser humano, y el Hijo, mediante el misterio de la Encarnación revela nuestra relación con Dios, no es difícil aceptar la conclusión de que el Espíritu Santo, como Espíritu de la Verdad y del entendimiento, está íntimamente asociado a nuestra relación con la Humanidad y el mundo que nos rodea. En este sentido es significativo notar que, si bien el aspecto Padre se expresa a Sí Mismo primeramente en el nivel Átmico (Espiritual), y el Hijo en el nivel Búdico (Intuitivo), el trabajo del Espíritu Santo encuentra su canal a través del tercer plano de descenso, el Manásico (Mental Superior), el mundo del pensamiento abstracto y la razón pura. Recordamos la declaración más abstrusa en el anteriormente

mencionado *Credo de Nicea*, que creyó que el Hijo era “engendrado sólo por su Padre antes de todos los mundos,” el Espíritu Santo como el Señor y el Dador de Vida, que procedió del Padre y el Hijo.” ¿No será que quienes organizaron el famoso documento tuvieron alguna percepción de que las Tres Personas de la Trinidad se revelaron a sí mismas respectivamente por medio de tres mundos de manifestación descendientes, y que la Tercera “Persona” operó a través del más bajo de esos planos –tocando a la Humanidad de la manera más íntima e intrincada?

Llevamos nuestra analogía hasta el punto donde afecta a la Humanidad. El Padre, como hemos visto, es el espíritu en el hombre y aparece como Voluntad. El hijo es el principio de la Intuición y se expresa como Amor y Sabiduría. El Espíritu Santo, que está especialmente asociado con el principio Manásico, trabaja a través de nuestras facultades mentales, en la antigüedad mencionadas como “el Fuego de la Mente.” Se trata de esa fase de la Deidad a la cual a menudo hacemos referencia como “la Mente Divina.” El escenario mundial es Su campo de actividad, y Su método para influenciar en los asuntos mundiales y guiar a las civilizaciones, es mediante Sus imágenes creativas, que emanan de nuestro propio plano de actividad, el mundo arquetípico. Nuestra propia Mente Superior, ascendiendo hacia ese mundo de las ideas y de los ideales, nos trae estas imágenes al mundo de la experiencia diaria. Y de este modo la influencia del Espíritu Santo se extiende hacia cada esfera de la actividad humana: la ciencia, la filosofía, el arte, la literatura, la filantropía, la sociología, e incluso el mundo de la política. Verdaderamente, ningún aspecto de la Deidad puede considerarse más cercano a nuestras vidas personales.

© 1958, The Theosophical Publishing House
